

forma y escenario de la revelación. El instante como milagrosa conjunción de los contrarios. El instante como aliento fugaz y paradójica totalización. Y, al decirlo, brotan al unísono ante mí los semblantes de esos cuatro visionarios del pensamiento cordial: Martín Buber, Gastón Bachelard, Vladimir Jankélévitch y Emmanuel Lévinas. Fecundos propulsores de la intuición central que vertebraba entera la obra del ensayista argentino.

El optimismo del pensamiento libermaniano no procede de una esperanza sin asidero ni descanso en la negación empecinada de lo trágico. Se nutre en cambio en el reconocimiento radical de su sentido. Extrae su vigor originario de una comprensión excepcional de lo pasajero. Es, en este aspecto, sustantivamente pascaliano. ¿No podría acaso haber sido suya esta palpitante reflexión de los *Pensées*: «El hombre no es más que un junco, el más débil de la Naturaleza, pero es un junco que piensa. No es necesario que el universo entero se arme para aplastarlo. Un vapor, una gota de agua son suficientes para hacerle perecer. Pero aun cuando el Universo lo aplaste, el hombre sería más noble que aquello que lo mata, porque el hombre sabe que muere, mientras que el universo ignora la ventaja que tiene sobre él».

Está claro: no hay en nosotros más dignidad que la de nuestro pensamiento. Pero pensar es mucho más que razonar. Pensar es arrojarse al goce y al riesgo del encuentro con el dilema que nos desafía y nos envuelve; pensar es atreverse al contacto personal con la verdad en un abrazo en el que sólo se alcanza a palpar su espesor a cambio de lo que con todo el ser se entrega; pensar es lograr que la palabra al pronunciarse sea capaz de articular lo más deseado con lo más temido, lo hallado con lo perdido, la irremediable errancia y la sonada redención.

Sí, el hombre es «uno que sabe que muere» y este saber, convertido en arte existencial, baña al hombre en el misterio y el prodigio de su propia presencia, en la convocatoria de una totalidad que se derrama, espontánea y ardiente, para que cada fragmento de realidad la manifieste y la oculte en un mismo movimiento de revelación.

Ésta y no otra es la religiosidad vertebradora de la palabra de Liberman. Éste, su irrenunciable misticismo. Éste, el rasgo distintivo de su condición judía. Es en relación a él que corresponde reconocer que la obra de Liberman derrota la acepción vulgar de la muerte por-

que hace de lo irremediable una posibilidad y de la condena, un proyecto.

Justamente, son estas características del temperamento creador de Arnoldo Liberman las que volvemos a encontrar en este libro profundamente vocacional, que tituló *De la música, el amor y el inconsciente*. Da, pues, en lo cierto el filósofo Rafael Argullol cuando, tras la lectura de este nuevo texto, escribe a Liberman en mayo del año en curso: «He leído de corrido tu último libro *Del amor, la música y el inconsciente* y lo he encontrado excepcional. Entrega a entrega estás construyendo una obra valiente y absolutamente personal, lo que no impide que conecte hondamente con los signos de los tiempos».

Estoy de acuerdo: «valiente y absolutamente personal». Todo el que como yo haya intentado alguna vez aproximarse a la música como escritor, conoce la desesperación a que conduce esa irremediable necesidad y ese agotador esfuerzo conceptual. Lejos de lo que se cree, decir algo a propósito de nada no es imposible pero requiere, ante todo, la maestría de saber *qué es lo que esa nada quiere decir*. Para quienes hemos fracasado en nuestro intento, este nuevo libro de Arnoldo Liberman es un consuelo y, en incontables aspectos, una fuente de admiración. Esa *nada* a la que me refiero es sin duda lo real más allá de la esquemática comprensión que de él podemos alcanzar mediante un abordaje puramente racional, meramente lógico. Y entonces y a la vez, esa nada es el todo que como tal se impone a nuestro entendimiento esencial, que es siempre y primeramente conmoción, «música callada, soledad sonora» como supo decirlo el hermano Juan de la Cruz.

Cuenta Emile Cioran en sus *Ejercicios de admiración* que, interrogado Gabriel Marcel a propósito de su ocupación predilecta, respondió que nada le complacía más que «escribir y escuchar música». Y luego, cuando se le pregunta qué desearía ser, Marcel contesta, rotundo, «Compositor de música, totalmente consagrado a ese arte».

Tanto una respuesta como la otra, creo yo, podrían ser también las de Arnoldo Liberman. Y si es cierto que «un filósofo que ha visto de cerca lo inefable está expuesto al tormento de no ser músico», no menos lo es el hecho de que los creadores de ideas que se aproximan a ese vértigo «introducen en la filosofía —como también reconoce Cioran— un desgarramiento que la rehabilita y humaniza».

De la música, el amor y el inconsciente es obra de oyente. Arnoldo Liberman es un oyente. Un oyente es aquél en quien el tiempo ha ganado jerarquía sobre el espacio. Aquel que busca el movimiento antes que la imagen o, mejor aún, la imagen en el movimiento. Oyente es el sediento insaciable que impugna las formas del infinitivo para acariciar en un roce las del gerundio. Desde su condición de oyente, Liberman compone este ensayo pródigo en asociaciones venturosas: la de la música y el tiempo; la del éxtasis espiritual y el amor por una mujer; la del ascetismo de la soledad creadora y el virtuosismo del don convivencial. Todo ello nos dice con elocuencia que Liberman busca con deleite spinoziano la totalidad en el fragmento porque siente, quiere y sabe que la eternidad encarna en el resplandor de una forma transitiva.

Pero a la vez es ésta, obra de pasmosa erudición. Pasmosa porque si bien por momentos abruma con la abundancia de sus referencias, deleita, por sobre todo, con su prodigiosa diversidad y el efecto convergente de sus propuestas. El capítulo consagrado a explorar las relaciones de Freud con la música habrá de figurar entre las páginas más sagaces que se han escrito sobre las tensas relaciones entre las reservas de la razón y las demandas del sentimiento. Y aquel otro momento del libro en el que Liberman emprende la semblanza de las propuestas filosóficas sobre el significado de la música como fuente de comprensión de la existencia, conforma un compendio diáfano sobre la hondura con que la música ha sabido ser, para el hombre, el más inquietante y el más reparador de los espejos.

Obra que no se deja leer sino por quien sea capaz de sentir la sensualidad del pensamiento, *De la música, el*

amor y el inconsciente es, al unísono, un admirable ejercicio de perspicacia psicoanalítica y equilibrio comprensivo. Porque, hay que decirlo, Liberman es de los que ponen el psicoanálisis al servicio de la cultura y no la cultura, convertida en síntoma, al servicio del psicoanálisis. La creación espiritual, para él, es siempre meta y no medio, es fondo y no superficie. Liberman ha leído a Freud y —cosa enteramente infrecuente— ha leído tanto como Freud y buena parte de lo que Freud leyó. Por eso su libro satisface una de las necesidades más urgentes de esta época: conjugar en una propuesta de reflexión unitaria los aportes de distintas disciplinas. Esta plasticidad espiritual, esta aptitud para escapar al cautiverio de la especialidad, no sólo es hija de una inteligencia privilegiada. Es, por sobre todo, fruto del ejercicio de un humanismo cabal. Más que la palabra, ama Liberman los puntos suspensivos que justifican el uso de la palabra, la ofrenda de pensamiento que él sabe hacernos a cambio de lo mucho que el instante, yéndose, le brinda.

Terminemos, por ello, con unos versos del *Fausto* de Goethe que bien pueden tener por destinatario a nuestro querido escritor:

Todo dan los dioses, seres infinitos,
a sus predilectos, enteramente;
todos los dolores y las alegrías todas,
a sus predilectos, incesantemente.

Santiago Kovadloff



La recuperación del placer en el agua pasada*

Acogida por un público lector que la ha situado repetidas veces en los primeros puestos de los libros preferidos, por la sucesión rápida de ediciones, por un rosario de galardones entre los que se cuenta el premio Príncipe de Asturias de las Letras de 1989, Carmen Martín Gaité se ha volcado en una obra incesante y variadísima, dedicada a la exploración por medio de la escritura de las experiencias que han ido configurando un horizonte vital cuyas fronteras son prácticamente inabarcables. Y son inabarcables porque de manera irresistible funden vida y literatura a lo largo de un gran tramo del siglo. Martín Gaité es una mujer extrovertida, curiosa, vital, que integra todas estas cualidades en un marco intelectual. Su brillo es la respuesta unívoca al destello vital de la mujer que vive; sólo tocada por la propia vivencia, la experiencia intelectual cobra vida. De aquí que la vasta cultura de esta escritora lleve siempre un refrendo que niega la especulación filosófica o teórica si está separada de la vida cotidiana.

Su camino es inverso al de Barthes quien, en *Le plaisir du texte*, explica el itinerario del texto a la experiencia del goce. Martín Gaité va del goce vital al goce textual. Creo que es muy importante señalar este aspecto del pensamiento y la creación de Carmen ya que dan la medida verdadera de su aportación al arte y a su epistemología. Esta faceta se puede ver en los libros de creación artís-

tica tanto como en los dedicados a la reflexión teórica sobre la literatura, particularmente *El cuento de nunca acabar* y *La búsqueda de interlocutor*. Al lado están la multitud de artículos publicados en periódicos, revistas, prólogos, ediciones, etc., sin contar discursos y conferencias; todo ello copioso, como una ramificación de su vida. Parte de esta producción es la que ahora tenemos entre manos bajo el título de *Agua pasada*.

Si en las obras de creación literaria se conjuntan y complementan las especulaciones teóricas de manera inevitable, ya que éstas arrancan ante todo de una artista, otro tanto ocurre con la respuesta ofrecida por Carmen como lectora; aquí tenemos el aluvión de artículos en su mayoría breves de proporciones adecuadas a su publicación en periódicos, sobre obras ajenas: la escritora lectora y la escritora colaboradora. La reacción es vital, no filosófica, es espontánea, no magistral o de maestra que interpreta la obra ajena, sino de artista que se solaza en el arte ajeno, que imagina el goce o el sufrimiento a partir del cual los textos se originan. Martín Gaité reacciona en sus comentarios como amiga o colaboradora de quien escribe, mucho más que como crítica.

En la «Nota preliminar» informa la autora que recopila todo el material a instancias de Jorge Herralde, el fundador y director de Anagrama.

La segunda y la cuarta parte del libro, «Texto sobre texto» y «Gente que se fue», se componen de escritos sobre compañeros de creación, que a veces son amigos de la vida cotidiana; a veces son coetáneos y amigos a pesar de no conocerse por pertenecer a diferentes espacios; a veces son amigos y compañeros aunque escribieran sus obras en siglos pasados. Para este último grupo, con quienes ha colaborado en traducciones, adaptaciones, versiones y ediciones escribe prólogos, para el primer y segundo grupo escribe reseñas y también prólogos a traducciones. Este aire de compañerismo referido por ejemplo a Gil Vicente, se ve en el prólogo a su versión de *Don Duardos*. Después de comprobar las fuentes del texto medita Carmen: «no sólo quedaban zanjadas mis dudas acerca de las lagunas dejadas por Gil Vicente en su tragicomedia, sino que ahora había completado sobradamente la historia y que estaba enterada, además,

* Carmen Martín Gaité, *Agua pasada*. Barcelona: Anagrama, 410 páginas.